



(Cantar I-4)

Eres, Virgen Santa,
 como la azucena,
 aunque tenga el color de la noche
 tu cara morena:
 «tienda de Cedar,
 porque el sol de la Gracia te quema»,
 como trova en el cántico bello
 bíblico poeta.
 Tu faz es un cielo,
 esa faz de caoba, pequeña,
 es un cielo que cuajan tus ojos
 de luz y de estrellas,
 tus ojos de madre
 que al mirarnos bendicen y besan,
 tus ojos que lloran,
 cuando el alma no es pura ni buena,
 y bordan tu cara con hilos de perlas...
 Rosa en flor son tus labios de grana:
 una herida abierta,
 para hablar con dulzura y piedad
 a tus hijos, los hijos de Eva.
 Labios que al mirarlos
 parece que rezan,
 deshojando la flor de tu amor
 sobre las miserias.

¿Verdad, Madre mía,
 (¡me lo dicen tus ojos de buena!)
 verdad, Madre que rezas piadosa
 por quienes no rezan,
 por aquéllos que viven muy lejos
 de tu paz materna?
 ¡Si te llamas Virgen de las Cruces,
 porque llevas las nuestras a cuestas!

.....

Tu manto parece
 (de flores poema)
 un jardín en los días de mayo
 y un paisaje de campo y pradera.

En la procesión,
 cuando vas por las calles en fiestas,
 lo llevas graciosa
 con aire de Reina,
 aunque sea tu bella figura
 como flor pequeña...,
 porque tienes el porte de noble
 y el andar de Dueña.

.....

Eres más hermosa
 que la primavera,
 con el Niño Jesús en tus brazos
 —brote de azucenas—
 que alargando su mano a tu rostro,
 te acaricia con mimos de seda.
 Si entre esas caricias,
 ¡ay! yo estar pudiera,
 como un beso que nunca se acaba,
 como un beso que preso se queda
 en la cárcel dulce
 de tu piel morena...,
 y así, Madre mía,
 así me muriera,
 como muere una abeja entre flores,
 como muere en el cielo una estrella.

¡Qué sueño más dulce,
 mi Virgen morena...!
 Bésame con la flor de tus labios,
 y me quiten tus besos mis penas.
 Mírame con tus ojos de Madre,
 y me alumbren entre las tinieblas.
 Y pues eres María de las Cruces,
 ¡llévame las que llevo yo a cuestas!